

—¿No los recuerdas?... ¿Qué es lo que le hemos pedido tanto?

—Muchas cosas; no sé á cuál de ellas te referías.

—A la principal. ¿No le hemos pedido que nos conceda un niño?

—Sí, repuso el joven con viveza y cómo saliendo de un pesado letargo.

—Pues bien, continuó la joven atenuando el sentido de la frase con pudor inefable; he recibido noticia cierta de que Dios nos lo va á conceder.

—¿De veras? preguntó el joven pudiendo creer apenas lo que oía.

—De veras, ratificó Berta buscando con la suya la diestra de su esposo.

Todo entónces cambió en un momento: penas sufridas, pobreza en perspectiva, soledad creciente, abandono, la partida misma de don Teodomiro y la próxima de las hermanas de la Caridad; todo fué disolviéndose y esfumándose á los ojos de Joaquín, como velo de niebla rasgado por el sol. ¡Un niño! ¡Un heredero! ¡Un hijo de Berta! ¡La sonrisa en la casa, la esperanza de la vida, la perpetuidad del amor que ella y él se habían profesado! Había sido el anhelo más vivo de su existencia, la ilusión más cara de su alma; pero como habían transcurrido dos años de inútil espera, habían acabado por dudar de su realización. ¡Dios al fin escuchaba sus votos! Levantó Joaquín los

ojos al cielo, y, distinguiendo en la penumbra del alba que comenzaba á apuntar, una ráfaga luminosa, creyó ver en ella la trayectoria del ser purísimo, hermoso y querido que la bondad infinita descendía ya del empero para enviarlo á su hogar pobre y desolado, como alegría, consuelo y bendición de sus humildes y futuros días. Bajo aquella impresión tan dulce, su pensamiento se convirtió en un cántico, y su corazón en un coro de hosannas; y, reconciliándose con la existencia que había comenzado á parecerle tan odiosa, se entregó á soñar con un porvenir halagüeño de cariño y abnegación, personificado en aquel ser tierno é inefable á quien amaba ya con delirio.

VII

Adiós á todo: vida nueva

El hermosísimo cielo de Fópoli, azul y brillante de ordinario como inmenso y limpio zafiro, amaneció empañado y oscuro aquella triste mañana del mes de enero. Denso y compacto nublado de color plomizo lo cubría; y era tan espesa la capa de vapores acuosos que vagaba por la atmósfera, que el sol mismo con todo su

poder, lograba apenas filtrar al través de su capuz, una claridad lúgubre y cenicienta, como de duelo cósmico y tragedia etérea. Lluvia fina, silenciosa y pertinaz, aumentaba la melancolía del cuadro, como si los espíritus invisibles que cruzaban la cerrada nublazón, llorasen envueltos en capas de bruma, y regasen la tierra con llanto sutil y misterioso, plañiendo una inmensa desventura. Soplaba una brisa fría y penetrante, que azotaba el rostro como duro látigo, y convertía el aliento en pardo vapor, semejante á humo de caldero. Pocos transeúntes se aventuraban á salir de sus casas y á desafiar las rachas heladas que recorrían la ciudad, como mensajeras de resfriados y pulmonías; y por la silenciosa y desierta vía pública, cruzaba sólo la gente trabajadora, cuyos pies descalzos iban chopoteando por charcos y baches.

Mal día fué aquél para las hermanas de la Caridad, pues debiendo salir del Hospicio antes del oscurecer y teniendo el propósito de entregarlo limpio, arreglado y en perfecto orden, se veían obligadas á trabajar de firme, con la circunstancia agravante de tener en su contra la humedad de la atmósfera y la falta del calor del sol. A pesar de todo, fueron logrando salir del mal paso, porque días antes había comenzado el aseo del establecimiento. Escobas, escobetas, rodillas y

muchísima agua habían andado de carrera por todas partes, escudriñando los escondrijos y rincones, limpiando trastos y cristales y haciendo desaparecer manchas, adherencias y fealdades del piso. Pintores, albañiles y carpinteros habían reparado los desperfectos de muros, puertas y vidrieras, ya rellenando agujeros, ya avivando tintas, ya poniendo en orden fallibas y aldabas comidas de ollín ó de torpe funcionamiento. El principal trabajo fué el del lavado de la ropa. Todo estaba bien de ordinario; pero en la ocasión, debía estar mucho mejor. ¡Y qué tarea la de hacer que ni sábanas, ni colchones, ni fundas de almohadas quedasen de color dudoso ó faltos de lustre! La ropa blanca de los más de mil asilados que en aquella casa se albergaban, no debía entregarse así como quiera; no debía haber camisa rota ni falda sin cintas, ni prenda alguna donde faltasen botón, remiendo ó zurcido! ¡Aquella sí que fué obra de romanos! Pero como nada se dejó para la último hora, sino todo se hizo con tiempo, pudo salirse bien del atasco y hacer cuanto se debía. Aquella misma mañana quedaron las camas cambiadas de limpio, bien vestidos los asilados y atestadas las alacenas con inmensas cantidades de ropa albeante y bien oliente, y bien surtidas de todo. Como algunas piezas de manta y lino habían quedado rezagadas, fué preci-

so lavarlas y alistarlas á última hora, á fuerza de mucha agua y jabón, buenos puños y planchas muy calientes.

Las religiosas habían arreglado con anticipación sus asuntos particulares, guardando sus pobres cosas en baúles y mundos que, colocados en hilera junto á las paredes y cerca de la cancela, se veían por los corredores del primer patio. Todo estaba dispuesto para la marcha; sólo faltaba que las hermanas hiciesen entrega oficial de los departamentos. Una vez concluido el trajín de aquellos arreglos, pensaron ellas en despedirse de los niños, de los ancianos, de las discípulas, de la casa misma donde habían vivido tantos años, pues amaban aquel vasto y disímil conjunto de cosas y personas que dejaban tras sí, como lo más querido de su alma.

Sor Asunción se presentó bien entrado el día en la clase de costura; echó un vistazo á las obras de mano, corrigió aquí una puntada, dió allá otra, hizo algunas observaciones sobre las labores de las niñas, y dirigiéndose al fin á todas éstas en general, dijoles en voz alta:

—Seguid cultivando la costura; así podréis ganáros la vida con independencia, y, si Dios os llama por el camino del matrimonio, sabréis cumplir vuestros deberes de esposas y de madres. Poco deja el trabajo de la aguja; pero proporciona á la mujer vida honrada, la aparta de la

holganza, que es tan perniciosa, y la libra de las tentaciones. Si lográis perfeccionaros en los bordados finos y en los calados, podréis obtener una remuneración más crecida de vuestra clientela; lo que importa es que seais laboriosas, buenas y amantes del hogar.

Y continuó dándoles muchos cuerdos, cariñosos y sentidos consejos, y hablándoles de su porvenir con interés maternal; y las oyentes conmovidas guardaban silencio y regaban con lágrimas de sus ojos enrojecidos, las telas que cosían ó aparentaban coser.

Sor Agueda, por su parte, reunió á los mendigos y ancianos en uno de los corredores de su departamento, y les habló en estos ó parecidos términos:

—Hermanos míos, nadie es necesario sobre la tierra; todos somos criaturas miserables y destituidas de poder. No hay, por otra parte, ser tan ruín ni miserable, que esté abandonado de Dios, ni dejado de su santa mano. El vela por todas sus criaturas, desde las más grandes y brillantes como el sol, hasta las más pequeñas y oscuras como los animalillos ruines é invisibles que aplastamos con el pie. Siento separarme de vosotros, porque os he querido profundamente en nuestro Señor Jesucristo; pero nada valgo por mí misma, y he podido hacer bien poco por vosotros. Vendrán á reemplazarme perso-

nas más competentes que yo y capaces de servirlos mejor que yo lo he hecho; pero no que os quieran más que yo os he querido. Ojalá gocéis mayor bienestar que el de ahora cuando os quedéis sin nosotras; tened confianza en la infinita misericordia.

El acento de la hermana elevándose en el silencio de la enorme galería, á donde sólo llegaba el rumor de la porfiada lluvia, parecía venir, por su tono y dulzura, de un mundo próximo, aunque ignoto y velado por la cenicienta penumbra; y la extraordinaria flacura y mate palidez de la religiosa, en la brumosa y húmeda confusión de aquella mañana triste, dábanle el aspecto de un fantasma levemente esfumado, apenas visible y casi diluído en las sucias tintas de la atmósfera opaca. Al saber que se alejaba de ellos para siempre, sentían los pobres el dolor y la desesperación de una nueva miseria, como lo expresaron claramente con llanto amargo y desconsolado, que pobló de gemidos el desolado recinto. Y sor Agueda, consternada al ver tanta desdicha, no hacía para confortarlos, más que hablarles de Dios, de su bondad y de otra vida mejor que ésta; y exhortarlos á rezar rosarios y jaculatorias, y sobre todo, la "Magnífica," ese canto sublime de adoración y alabanza, en que se glorifica al Altísimo por su inmenso poder, por su incorrup-

tible justicia, y por la protección que imparte á los humildes y pequeños de la tierra. Nunca, ni en medio de una peste, ni en los momentos precursores de un naufragio, han rezado almas afligidas y expirantes con mayor fervor y ternura, que aquel día los ancianos y mendigos, al arrullo de la voz suplicante de sor Agueda.

Sor Petra lavó la cara por última vez á los rapazuelos del asilo y los peinó con sumo esmero y cuidado; luego los hizo rezar, cantar y marchar agitando en alto banderitas de papel; y al concluir la enseñanza y el ejercicio, les explicó que iba á dejarlos para siempre, pero no por su voluntad, sino porque así lo quería Dios, y que se separaba de su lado con pesar indecible, con un pesar tan grande, que no sabía cómo iba á seguir viviendo sin ellos. Les recomendó, para concluir, que no la olvidasen nunca, nunca, y fuesen siempre obedientes, buenos y puros, para que Dios los bendijese y les fuese bien en todo. Los niños, aunque comprendían imperfectamente lo que la hermana les decía, participaban por instinto de las tristezas de aquella hora aciaga, y se echaron á llorar á lágrima viva, apretándose en torno de la buena y dulce madre, cuyo talle rodeaban con sus tiernos bracitos, y cuyas mejillas besaban con sus boquitas frescas é inocentes.

Sor Marcelina pasó la mañana en la Sala de Cuna tomando en brazos á los expósitos uno á uno, y estrechándolos tierna y amorosamente contra su corazón.

—Cuiden bien á estos niños ahora que me voy, decía á las nodrizas, quiéranlos y ténganles paciencia más que nunca; conténtenlos cuando lloren, y mírenlos siempre con caridad, porque son huérfanos y no tienen en este mundo más que á Dios y á ustedes por amparo.

Se interesó particularmente por los más debiluchos y enfermizos, y deteniéndose á examinar cada una de las cunas, cuidó de que nada faltase en ellas, y tiraba de ésta ó aquella hasta ponerlas en perfecta simetría. Arregló las cabelleras indómitas, ciñó cuidadosamente á las imperfectas cinturas, los pañales desarreglados, calzó con mediecitas y zapatitos abrigadores: los piecitos descalzos, y ató coquetamente las cintas de las gorras por debajo de las redondas barbitas. Y aquellos inocente, sin comprender lo que pasaba, se mostraban alegres, sonreían á sor Marcelina, y le regalaban los oídos con la música de sus gorgeos, que todavía no decía nada, pero que significaba tanto.

Poco antes del refectorio, se reunió la comunidad en la Capilla, donde entró en oración; y ahí tuvieron franca, filial y dulce expansión los sentimientos de aquellas

santas mujeres. En el silencio y recogimiento del sagrado recinto, levantáronse las compuertas del contenido llanto, inclináronse las frentes hasta el suelo y acatáronse sin reserva los decretos del Altísimo con actos interiores de sublime humildad y reconocimiento. Antes de salir, díjoles sor Ignacia:

—Hermanas, ofrezcamos á Dios Nuestro Señor este sacrificio. El nos lo impone; recibámoslo con resignación: que se haga su voluntad sacrosanta. Pidámosle que nos guíe por los senderos del mundo, y nos lleve á donde podamos continuar desempeñando nuestra misión, cerca de otros pobres que necesiten también nuestros cuidados. Por donde quiera hay pobres, hijas mías; el mundo está lleno de pobres, y ellos son nuestra heredad y nuestra mies. Pidámosle también derrame sus bendiciones sobre esta santa casa; que no desampare á este pueblo de infelices, de cuyo lado nos separamos con tanto dolor; que la suerte de los desvalidos que dejamos atrás de nosotras, mejore después de nuestra separación; y que de tal modo los conforte y consuele, que no nos echen de menos nunca, que no les hagamos falta para nada, ni para la salud del alma ni para la del cuerpo. No somos más que instrumentos en la mano de Dios; no llevemos fuera de aquí amargura ni rencor, sino un corazón sano y limpio. Meno de

amor para todos, tanto para amigos como para enemigos. ¡Y Dios sea con nosotros, y nos perdone nuestras culpas!

A esta exhortación siguieron breves momentos de silencio, durante los cuales las religiosas, recogidas dentro de sí mismas, elevaron á Dios el coro de sus preces, impregnado de humildad y dulzura, vibrante de perdón y de amor.

La hora del refectorio fué muy melancólica. No se veían en la inmensa galería más que rostros abatidos por el dolor y labios mudos y sollozantes por la congoja; nadie tenía voluntad de hablar, ni mucho menos de reír; reinaba un silencio sepulcral en aquel sitio tan ruidoso de continuo. Iban y venían por todas partes las religiosas vigilando el servicio y atendiendo á los asilados con la misma solitud que de ordinario; pero flotaba en la atmósfera un duelo tan intenso, que todo se miraba alterado y mortecino al través de aquella niebla sombría. Una de las hermanas, para confortar al concurso, leyó en alta voz algunos capítulos de la "Imitación de Cristo," relativos á la conformidad cristiana con las cruces y las pruebas; y el rumor de la lectura, manso y misericordioso, se extendió por el vasto recinto como una suave caricia para el oído y el corazón.

A las tres de la tarde llegó en coche el Gobernador del Estado, resguardado por

largo "water-proof" y zapatos impermeables, y acompañado por la nueva Directora y el cuadro de empleados que debían substituir á las religiosas. Sor Ignacia los recibió en el salón principal con serenidad y cortesía, y departió con ellos dignamente, sin hacer alusión á su dolor y al de la comunidad.

—Es penosa mi comisión, dijo el Gobernador un tanto cohibido; pero tengo que cumplir con la ley. No he querido valirme de ningún comisionado para llevar á cabo esta formalidad, con el propósito de dar á usted y á las hermanas esta nueva muestra de mi consideración personal.

—Muy reconocida á las finezas de su excelencia, contestó sor Ignacia inclinándose. Comprendo que su deber oficial le obliga á cumplir los mandatos del Congreso; todo está dispuesto para cuando su excelencia lo disponga.

Con esto se levantaron, y comenzó la jira al través del establecimiento. Sor Ignacia, de paso, dió orden de que se enviase recado á Joaquín y Berta para que acudiesen al Hospicio sin pérdida de momento, pues iba á marcharse ya y deseaba verlos por última vez; pues los jóvenes ignoraban que aquel día fuese el designado para la separación de las religiosas, porque sor Ignacia había tenido cuidado especial en ocultárselo.

La noche anterior, precisamente, había recibido Joaquín, venida de Méjico, la primera carta de don Teodomiro, la cual le había impresionado de un modo indecible. Había alimentado Sandoval la secreta esperanza de que su maestro regresase pronto, por incapacidad de adaptarse á un medio desconocido, y por necesidad de volver á sus antiguos hábitos; mas con grande y penosa sorpresa, se enteró ahora por sus letras, de que estaba contentísimo por allá, y sin pizca de deseos de tornarse á Fópoli. Hablaba en su misiva con tal entusiasmo de la generosidad con que había sido recibido por sus colegas de la capital, del gran movimiento iniciado en el arte por aquel grupo de apóstoles, y del magnífico porvenir abierto en la metrópoli á los dilettanti, virtuosos y maestros, que impresionaba y conmovía con su fogoso lenguaje; y daba á conocer desde á legua, que habían renacido en su incorregible corazón, con tanta fuerza como antaño, ó con mayor fuerza que nunca, sus inveteradas aficiones idolátricas hacia los mismos ideales.

“Aquí anclo definitivamente, queridísimos discípulos míos, les decía. Ya que el destino me ha traído á ésta que fué capital del imperio de Moctezuma, permaneceré en ella todo el tiempo que Dios quiera concederme de vida; pues aquí podré realizar alguna de mis viejas aspiraciones,

ya que no elevándome á la altura que había anhelado, por ser demasiado viejo, sí, al menos, iniciando é impulsando por el camino del arte á la juventud que puebla ya nuestras aulas y se muestra ávida de recibir nuestra enseñanza.”

Ponderaba con gratitud la cariñosa acogida que había recibido del Director y de los maestros del nuevo plantel, describía puntualmente su método de vida, hablaba de sus ingresos pecuniarios (mucho superiores á los que había logrado reunir en Fópoli aun en sus mejores tiempos), y continuaba así:

“Me siento en este medio como el pez en el agua. Lo único que lamento es no haberme trasladado á este lugar antes de ahora, pues aquí no me ahogo como allá, sino respiro una atmósfera que me alienta y rejuvenece. No estoy en condiciones de hacerme célebre, pero tengo todavía bastante fuego para gozar y sentirme dichoso con este bello y grandioso amanecer del arte mejicano. Moriré loco de remate, como dijo Becerril, y perpetuamente enamorado de la música; y al marcharme de este mundo, haré mi profesión de fe, diciendo con el personaje de Wagner en la novela titulada “El Final de un artista en París:” “Creo en Dios, en Mozart y en Beethoven; creo también en sus discípulos y apóstoles; creo en la santidad del espíritu y en la verdad del

arte uno é indivisible. Creo que éste es de fuente divina y vive en el corazón de todos los hombres á quienes alumbrá un resplandor celeste; creo que, después de haber gustado sus sublimes "delicias," queda el alma consagrada á él fatalmente y para siempre.... Creo en un juicio final en que serán condenados á penas terribles todos aquellos que en este mundo hayan osado traficar con el arte sublime y casto, todos los que lo hayan manchado y hecho degenerar por la baja-za de sus sentimientos y por la vil codicia de los goces materiales. Creo, finalmente, que sus discípulos fieles serán glorificados allá arriba, y que, envueltos en un tejido celeste de rayos, perfumes y acordes, volverán á perderse por toda la eternidad, en la fuente divina de toda felicidad y de toda armonía."

Concluía diciendo que lo único que le dolía, era verse lejos de los discípulos á quienes tanto amaba, y que desde allá los bendecía con la investidura que le daban su ancianidad y el acendrado cariño que siempre les había profesado.

Dolorosa impresión produjo en el ánimo de Sandoval aquella lectura. Era un hecho: ¡había perdido para siempre á su grande, noble y decidido protector! Una voz interior le decía que no volvería á verlo, y que al despedirse de él en la Casa de Diligencias, se habían dicho adiós

para siempre; y el vacío que dejó en su corazón aquella creencia, mató de golpe las pocas ilusiones por la gloria que aun le quedaban. ¡Romper con el pasado, quedar solo en la senda árida é interminable, ver apagarse en un momento la columna de fuego que guiaba su marcha hacia adelante, y elevar la voz en el desierto, sin que nadie le oyese ni contestase: ¡qué indecible, qué infinita, qué imponderable amargura! Sintió como si algo se desgarrase en su interior, oyó en el fondo de su corazón como el estampido de un inmenso derrumbe, y comprendió que el curso de su vida, torcido por la fatalidad, retrocedía gimiendo para entrar en un cauce oscuro, seco y desconocido. Se le figuró que llegaba á la orilla de un abismo donde iba á despeñarse, y que en adelante pasaría la vida en el fondo de aquel vacío lúgubre y sin eco, de donde no podrían resurgir las cosas preciosas y sagradas que había perdido. ¡Trágica noche de insomnio aquella, en que perdió Joaquín la ilusión y la esperanza, y sintió el agudísimo tormento de la amputación de sus alas de artista! Era preciso bajar de los espacios imaginarios para caminar á pie por los abrojos del suelo, y apagar la sublime llama del corazón que alumbraba su existencia, para seguir marchando por el mundo á la luz de las luciérnagas y de los fuegos sepulcrales.

—¡Sea, pues, así! pensó transido de despecho; y ya que el destino abre un abismo entre mi pasado y mi presente, ayudémosle á consumir la obra implacable y demoledora.

Febril y exaltado, salió de la alcoba á la madrugada, andando de puntillas para no despertar á Berta, que dormía aún. Había en el cielo una cerrazón tan negra como la de su espíritu, y no hallaron sus tristes ojos en toda la inmensidad, una sola ráfaga luminosa que los acariciara con sus esplendores. Y la oscuridad del cielo, la frialdad de la atmósfera y el menudo llanto que se desprendía de las nubes, se le metieron por el corazón como un nuevo duelo. Dominado por aquella angustia, tuvo una idea feroz, que quiso arrojar de sí, pero no pudo; la de destruir en el acto y sin misericordia sus propias y amadas creaciones. ¡Era preciso romper con el pasado, abofetear al destino y arrojar á los pies de la fatalidad los restos doloridos del naufragio de sus ilusiones! Había que ser hombre una vez por todas, y cortar con mano firme las ligaduras que le mantenían atado á la absurda época de sus sueños. ¡Nada de idealismos, nada de poesías, nada de locas y absurdas ambiciones! ¡Al ras de la tierra, al centro del arroyo, á la vida común, á la vulgaridad, á la insignificancia, á la nada!

Se dirigió quedo y con planta recatada al armario donde tenía archivados y en orden sus papeles: la ópera "Doña Marina" instrumentada ya; sus oberturas, sus sinfonías, sus romanzas, cuanto había producido hasta entónces; y cargando con aquellos preciosos fardos, fué y vino varias veces de su despacho al corral, donde había un pequeño cobertizo al abrigo de la lluvia, y hacinó en un rincón papeles y cuadernos. Al ténue fulgor del alba, que luchaba trabajosamente por sonreír al través del nublado, comenzaban á distinguirse sobre la blancura del papel, las pautas y notas de las piezas, que parecían pedirle misericordia; pero no hizo aprecio de ellas, ni de sus dudas, ni de su dolor, ni de cosa alguna que significase piedad, y formó con aquellos pobres despojos de su fracaso juvenil y artístico, una alta y ligera pirámide. Prendió luego una cerilla, la colocó en la base del precioso combustible, y puso fuego al conjunto. Pronto se levantó una gran llamarada roja y aguda del seno de aquel montón de papeles, que representaban sus ansias y ensueños de tanto tiempo; algunos de ellos, aventados por el viento ó por el chisporroteo de las llamas, resbalaban y volaban á distancia; pero él cuidaba de recogerlos con prisa y de volverlos á la hoguera, para que nada, ni el más pequeño

fragmento de sus trabajos escritos, escapase á una completa conflagración.

El cruel auto de fe produjo bien pronto una grande y espesa humareda, que saliendo del corral, se difundió sutilmente por el patio, y penetró por todos los escondrijos de la casa. Aquella extraña y asfixiante hediondez despertó á Berta, y le produjo accesos repetidos de tos. Alarmada la joven, dió voces á Joaquín para preguntarle qué era lo que pasaba, y como éste no acudiese á su llamado y parecía no hallarse en la alcoba, temió mil cosas aciagas, y entre otras, que se hubiese declarado un incendio; por lo que se levantó lo más de prisa que pudo, y guiada por la densidad del mismo humo, pudo llegar hasta el corral y presenciar el extraño espectáculo de la quema dirigida por su esposo.

—¿Qué es eso, Joaquín? preguntó á éste al verle entregado á su faena. ¿Qué estás haciendo?

—Quemo mis naves, repuso con fiereza el interpelado.

—¿Qué naves son esas? volvió á preguntar la esposa sin comprender nada todavía.

—Mis papeles de música, repuso sencillamente Sandoval.

—¡Tus papeles de música! clamó desfavorida la joven. ¡Tus papeles! ¡Tus papeles! ¡Tus papeles! Eso no puede ser.

—Sí, repuso Joaquín; estoy destruyendo las ejecutorias de mi locura. Quiero sanar de la enajenación mental que tantos años he padecido, para no volver á sufrirla jamás.

—¿Pero has perdido la conciencia de tu deber? repuso Berta tan acongojada como si hubiese visto en el fuego á sus propios hijos. ¡Es insensato, cruel y malo lo que estás haciendo! ¡Detente, por Dios, detente!

Y acercándose á la hoguera, procuró apagarla con los pies y con las manos, á riesgo de abrasarse y perecer; y hurgando en las calientes cenizas, hizo lo posible por salvar aquellos preciados tesoros de la inspiración de su amado. Desgraciadamente llegaba tarde, pues la obra de destrucción estaba concluída, y de todos aquellos cantos juveniles y entusiastas, sólo quedaba un montón de negros é informes restos, que se quebraban y volatilizaban á la presión de los dedos.

—¿Por qué has hecho esto, Joaquín? clamó consternada volviendo á él los ojos llorosos. ¿Por qué no me dijiste lo que ibas á hacer?

—Temí ser débil si te lo consultaba, repuso Joaquín humildemente; y mi resolución era irrevocable.

—Es el primer disgusto que me das; pero es muy grave, y nunca te lo he de perdonar, sollozó Berta. ¡Destruir tus

propias obras, tus cantos hermosísimos, tus admirables composiciones, todo eso que yo quería y admiraba tanto! Ingrato, me has herido en lo más profundo del corazón.

Y echándose á llorar amargamente, continuó buscando algo que hubiese podido salvarse entre las cenizas, como si en el seno de aquella polvorienta negrura esperase hallar oro y piedras preciosas; pero todo fué inútil, pues no quedaba nada de la obra de Sandoval, todo se había perdido para siempre.

—Por fortuna, murmuró gimiendo, conservo en el armario las canciones que me compusiste antes de nuestro matrimonio. ¡Siquiera esas piezas han escapado á tu crueldad!

Le temblaba la barbilla de un modo lastimero, y su pequeña boca roja y convulsa, se contraía con espasmo de sollozos. Joaquín, vuelto en sí, se arrepintió casi de lo hecho al ver el hondo y amargo dolor de su esposa querida, y apoderándose tiernamente de sus manos, se las besó con transporte.

—Perdóname, le suplicó; la tristeza y la desesperación me han vuelto loco. He sufrido tanto estos días, que casi no sé lo que me hago. Siento lo que acabo de hacer, no por mí ciertamente, sino por tí, Berta mía. Comprendo que mis ambiciones no son ni han sido más que un deli-

rio vano; que no se abre porvenir alguno delante de mis pasos; y que no debo continuar fomentando las ridículas extravagancias, incompatibles con nuestra pobreza, que han desviado de su camino racional mi atención y mis fuerzas por tan largo tiempo. No quiero más fantasías, musarañas ni empresas pueriles; sino trabajo natural y lógico, propio de este medio, de nuestro pobre y triste medio, y de los ingrátisimos tiempos en que vivimos. Aspiro sólo á ganarme la vida y á pasarla como todos, vulgar y oscuramente, pero sosegado y en armonía con todo lo que me rodea.

—No eres agradecido con Dios, repuso Berta inconsolable. Recibiste de El dones preciosos, extraordinarios, ¿y con eso le pagas?

—Lo que dices ha sido mi perdición, repuso Sandoval con acento rencoroso. Estoy harto de ilusiones y fantasmagorías irrisorias. ¿No ves por qué camino tan errado me han llevado hasta aquí todas esas locuras? ¿Qué ventaja he sacado de mi ensimismamiento, de mi abstracción, de mi sonambulismo de músico y soñador, en esta ciudad que no da importancia alguna á mis pretendidas excelencias? ¿A dónde iría á parar, si continuase marchando por ese camino falaz, fuera de la realidad de la vida y como suspenso en los espacios imaginarios?